

niegue el orden moral. No; lo que hace es aplicar á esta clase de investigaciones, en la medida que puede hacerse, su sistema especial para la inquisición de la verdad. La ciencia moderna, el racionalismo ó el positivismo, si así quieren llamársela, no niega lo supernatural, no niega á Dios: lo que hace es no afirmar científicamente, matemáticamente, en absoluto, su existencia. Y no lo afirma ni lo niega, porque Dios no se concibe sino como principio absoluto que escapa á toda investigación hecha por los medios naturales. Ni la misma Iglesia se ha atrevido á decir terminantemente que Dios puede comprenderse de otro modo que por la virtud de la fé, es decir, por una gracia especial, de origen divino, á cuya adquisición debemos todos aspirar, pero que no depende de la voluntad del hombre el obtenerla. El error de los preceptistas ascéticos en este caso, consiste en amalgamar la ciencia con la fé, que son dos cosas muy distintas. La ciencia tiende siempre á la demostración, y cuando esta demostración no se basa en lo evidente incontrovertible, en lo matemático, la lógica conduce á lo aventurado, á lo problemático y, frecuentemente, á lo absurdo. Por esto la ciencia es falible. El mezclar la ciencia con la fé, ha contribuido mucho á las disputas teológicas, á los cismas de la Iglesia y á las herejías. La fé no inquiere, no discute ni necesita, en realidad, base sólida de raciocinio ni método alguno de investigación. La fé presiente, adivina, cree; es una inspiración, no un convencimiento. Decir, pues, que emplear el método positivo en la investigación de la verdad, es lo mismo que negar las verdades del orden moral, es levantar un falso testimonio al positivismo, ó no comprenderle.

Los poetas racionalistas y positivistas pueden en sus versos reflejar la duda y el escepticismo, sin por esto ser ateos. ¡La duda! ¿Acaso no es ella el rasgo fisionómico más pronunciado en todos los poetas líricos ó subjetivos de nuestro siglo? ¿Qué alma sensible y buena, quién que sepa penetrar en las profundidades de su propio sér, quién no comprenda los dolores de la humanidad, no duda?

J. GÜELL Y MERCADER.

SOBRE UNA BIBLIOTECA DE CIENCIA ESPAÑOLA

III

HEMOS visto en los anteriores artículos la necesidad de restaurar la tradición científica española, si queremos que nuestra nación vaya al

compás del movimiento intelectual moderno, mostrándose digna heredera de la España antigua, tan fértil en sabios insignes y preclaros escritores. Y como quiera que uno de los estudios que los ingenios españoles han cultivado con más amor y entusiasmo, han sido los teológicos, bueno será empezar la brevísima reseña que de la ciencia española nos proponemos hacer, hablando aquí de nuestros teólogos; tan numerosos como eminentes en esta tierra clásica de la Teología, que produjo, á no dudarlo, los más inspirados profundos y elegantes tratadistas de la ciencia de Dios.

Pueblo de teólogos y de soldados ha sido llamado el español, ya que dos de los caracteres más distintivos de su nacionalidad, son el espíritu batallador y aventurero y su acendrado y metafísico espiritualismo cristiano. En todos los grandes sucesos de nuestra historia la intervención del clero es bien notoria. El poder real fortalecido por el brazo vigoroso de la nobleza, y dirigido por el elemento eclesiástico, maestro nato de reyes y pueblos por el prestigio de su superior ilustración, obraba maravillas; y ninguna grave cuestión de estado se resolvía, sin oír previamente la autorizada opinión de los representantes de la Iglesia.

Y era que el Catolicismo, factor importantísimo de la nacionalidad española, estaba tan arraigado en el corazón de nuestro pueblo, que ni súbditos ni gobernantes, concebían siquiera poder hacer algo bueno y estable, sino al amparo y bajo la alta dirección de la Iglesia. Ya en los Concilios de Toledo, mitad eclesiásticos, mitad políticos, se manifiesta la benéfica intervención de los preladados de la Iglesia goda en las deliberaciones de aquellas augustas asambleas, acerca lo referente al mejor régimen del Estado. Durante la Edad Media se hizo más íntima la unión de los grandes principios de religión y patria, pues por ambos ideales peleaban á la sazón los españoles contra la invasión agarena; que á la vez, era enemiga del Dios personal del Catolicismo, y de la patria española libre é independiente. Pero llegaron los tiempos gloriosos de los Reyes Católicos, de Carlos I y de Felipe II: y entonces España, convertida en porta-estandarte de la fé, bajó al palenque á romper lanzas en defensa del Catolicismo, donde quiera que éste fuere combatido. Y mientras sus inmortales tercios, vencedores en cien y cien combates, arrollaban moros, turcos, idólatras y luteranos; abordaban sus misioneros á remotas plazas, á conquistar almas para Dios y vasallos para el rey, dejando entre aquellas gentes, sumidos en tinieblas y barbarie, la luz esplendorosa de la fé y las semillas fructíferas de una civilización cristiana y española; y sus teólogos y

controversistas, martillo de herejes, pasmo de la Cristiandad y oráculos de Trento, esgrimían de continuo la pluma y vertían á raudales su elocuente palabra, en descomunal batalla contra esa hidra de siete cabezas, que se llamó el *Protestantismo*. ¡Qué nunca como entonces, se mostró el pueblo español tan digno del papel que Dios parece haberle designado en la sucesión de los tiempos, de ser baluarte firmísimo de la fé y brazo derecho de la Iglesia! Por eso Dios le premió haciéndole la nación mas grande del orbe, y dispuso brotara de su seno tal falange de santos, sabios y héroes, cual jamás haya visto juntos pueblo alguno en ningún período de su historia. Era gloriosa por cierto aquélla, en que España, llegada al apogeo de su preponderancia política, de su poderío militar y de su desenvolvimiento intelectual, llenó por sí sola toda una época, que más que siglo de la Reforma ó de Leon X, merece el nombre de *siglo de oro de la civilización española*.

Natural era, pues, que un ferviente sentimiento religioso rebozara en todos los actos de los españoles, y que su espíritu teológico dejara huellas profundas en todas las fases del organismo nacional, durante aquel período álgido de su cultura. Y si investigamos su influencia en las elevadas esferas del pensamiento, veremos que no sólo en el romancero sagrado, en los autos sacramentales de nuestro teatro y en los libros ascéticos, obras muchas de ellas escritas para el pueblo, donde se esplican, describen, representan y toman carne y figura los más recónditos misterios y los más sublimes ideales teológicos; si que también en las producciones de nuestros novelistas, historiadores y políticos palpita esa tendencia teológica, que llena nuestra literatura, en la que á cada paso se encuentran reminiscencias doctrinales, que prueban cuan generalizado estaba entonces el estudio de la teología. Patrimonio común de la mayoría de las personas ilustradas, ella formaba, digámoslo así, el espíritu de aquella civilización; y por lo mismo, no sin razón se ha dicho, que *España era un pueblo esencialmente teológico*. Y como no, si gentes de superficial intrucción, y hasta rudas mujeres sabían lo bastante para defender su fé, y no claudicar en ella, en los recios combates que tuvo que resistir, durante aquellos agitadísimos días?

Enumerar, tan sólo, la pléyade brillante y numerosa de teólogos españoles, que en todas épocas y particularmente en los siglos XVI y XVII, fueron á la par que ornamento insigné de la patria, luz y espejo de la Cristiandad, es empresa superior á nuestras fuerzas, y reservada, por derecho propio, al diligente escritor que publique la historia de la teología en España. Y que esta debe

escribirse, se echa de ver, si se considera que en el país de los grandes teólogos, no hay siquiera un mal compendio, que narre como es debido, las vicisitudes de la ciencia de Dios en las varias épocas de su desenvolvimiento científico.

En ella deberán ocupar puesto eminente Osio, obispo de Córdoba y oráculo de Nicea; Tajón, prelado de Zaragoza, quien mucho antes que vinieran al mundo S. Anselmo y Pedro Lombardo, Alejandro de Hales y Alberto el Grande, Sto. Tomás de Aquino y Duns Scotto espuso en forma científica un curso de teología; San Leandro, fundador de la famosa Escuela de Sevilla; san Isidoro, talento vastísimo, de erudición inmensa y autor de *las Etimologías*, verdadera enciclopedia de aquel tiempo; san Julián de Toledo, escritor fecundo y de gran doctrina; san Ildelfonso, Valerio, Braulio, Eulogio y demás lumbreras de la Iglesia goda; depositaria única de la ciencia, durante los primeros siglos de la Edad Media, y maestra de la Europa entera en los Concilios de Toledo y en el inmortal código del Fuero Juzgo.

Se distinguen como teólogos en la época de la reconquista, el abad Sansón, que compuso el *Apologético* contra Hostégesis; el catalán Raymundo Martín, autor del *Pugio Fidei*; san Raymundo de Peñafort, colector de los *Decretales*; Raymundo Lulio uno de los hombres más grandes de la Edad Media, y escritor fecundísimo que en cuantas materias trató, en todas dejó impresa su garra de león; Alfonso de Madrigal, (el Tostado) verdadero prodigio de sabiduría; Antonio Cerdá, el mayor teólogo y filósofo de su tiempo; Juan de Torquemada, que tanto se distinguió en Basilea....

Pero la verdadera edad de oro de la Teología española, es la del mayor esplendor de la casa de Austria; durante la cual brillan con vivísimo esplendor, una serie de teólogos que no tienen rival en el mundo. Abren este ciclo gloriosísimo, introduciendo una revolución en la forma y método de la enseñanza, Luis de Carvajal con su obra *De Restituta Theologia*, y Francisco de Victoria, apellidado el *Sócrates de la teología española*. Siguen en pos de ellos Domingo de Soto, filósofo y teólogo notabilísimo, cuyo tratado *De Natura et Gratia* hizo estremecer al Protestantismo; Melchor Cano, clásico escritor que basó el estudio de la teología en las fuentes del conocimiento en su magistral libro *De Locis theologis*; Pedro de Soto, á quien el Concilio de Trento proclamó *príncipe de los teólogos*; Suarez, una de las más altas glorias de la ciencia española, y el más grande de los escolásticos después de Sto. Tomás de Aquino; Alfonso de Castro, cuya obra *De heretibus* es clásica en la materia; Mal-

donado, eximio escriturario, y restaurador de la enseñanza teológica en París; Molina, padre del *congruismo*; Bañez, fundador del sistema de la *gracia eficaz*. ¿Pero á qué seguir este catálogo? Nombres son estos cuyo solo recuerdo abrumba, y que bastarian para conceder á España el cetro de la teología. Pero como no citar, siquiera sea de pasada, á Lainez y Salmerón, Vazquez y Valencia, Maluende y Lugo, Toledo y Arias Montano, Perez de Ayala y Ruiz de Montoya, Aguirre y Cienfuegos? Dónde tantos y tan conspicuos maestros? Y debe notarse aquí, que muchos de estos grandes escritores son notables como filósofos, tanto ó más que como teólogos, moralistas, escriturarios y controversistas; por lo que, forzoso será que nos ocupemos de nuevo en ellos, cuando tratemos de la filosofía en España.

Brillante, en efecto, fué este período para la ciencia patria. De las famosas aulas de Salamanca y Alcalá de Henares, semillero fecundo de sabios insignes, salieron innumerables maestros, que esparcidos luego por diversas naciones ocuparon la mitad de las cátedras de las más célebres universidades europeas, para lustre y prez de la nación que les vió nacer, y honra de la ciencia española cuyas enseñanzas propagaban por doquier. Testigos de sus triunfos París, Roma, Loraina, Oxford, Cambridge, Tolosa, Burdeos, Varsovia, Dillingen é Ingolstad. Testigo el Concilio de Trento. Tan alto rayaron en él los prelados españoles, y tan gallarda muestra dieron de profunda sabiduría y elocuencia incomparable, que su voz, escuchada siempre con respeto, fué de decisiva influencia en la resolución de muchas de las cuestiones sujetas al exámen de aquella venerable asamblea. Concilio tan español como ecuménico, si vale la frase, resume él solo todo el saber teológico de España, y acredita á esta, una vez más á los ojos de Europa, de ser la nación teológica por excelencia. Y sin embargo, quién se acuerda ahora de aquellos insignes varones? ¿Quién estudia sus obras? ¿Quién pronuncia sus nombres? Por cierto, que no parece sino que España carece de historia; pues hasta en teología, ciencia en la que damos quince y raya á todas las naciones, vamos á buscar luz é inspiración en las obras de autores extranjeros. ¿Hasta donde llegará esa manía de despreciar lo de casa, y no acordarnos sino de lo de fuera? Afortunadamente, y para gloria nuestra, los prelados y doctores españoles son todavía descendientes en línea recta de los Suarez y Carranzas, de los Sotos y Victorias, de los Canos y Maldonados; y bien lo demostraron recientemente en el Concilio Vaticano, donde tan bien sentada quedó la reputación teológica del clero español. Mas, triste es confesar que su doctrina es bebida en los libros de teólogos modernos franceses, ita-

lianos y alemanes, mejor que en las purísimas fuentes de los clásicos de la teología española; debido esto á lo poco conocidos que son en España, y á la escasez de sus obras. Y mientras aquí nadie se cuida de reimprimirlas, en París, Roma, Nápoles, Bolonia, Bruselas y otras partes, se han publicado recientemente ediciones de Suarez Toledo, Ripalda, Juan de Sto. Tomás, los Salmaticenses y otros tratadistas españoles. Prueba evidente de aprecio en que los tienen los extranjeros, sin cecluir muchas universidades protestantes, donde se citan sus libros y se esponen sus doctrinas.

Ya sabemos nosotros que al encomiar, (no tanto como ellos se merecen), los grandes maestros de la ciencia sagrada que en España florecieron, tal vez haya quien diga que es empresa quijotesca pretender restaurar unos estudios, pasados ya de moda, y que para nada sirven en un siglo como el nuestro, eminentemente positivista y utilitario. Qué aplicación práctica tiene la teología? Qué sacamos de los argumentos, conclusiones y sutilezas de esta ciencia? Acaso con esto progresan las naciones? Así hablan algunos. Y en efecto; deslumbrados muchos que se precian de pensadores, por los asombrosos progresos de las ciencias físico-naturales, se han vuelto miopes, y no aciertan los infelices á ver más allá de la materia. El materialismo naturalista, cáncer galopante que corroe las sociedades modernas, atento solo á lo que puede satisfacer las necesidades del cuerpo y á la vida sibarítica que llaman muchos, á quienes se puede aplicar aquel conocido soneto de Iriarte, deja á un lado lo que pide el espíritu; y considerando sus adeptos, como cavilosas propias de siglos que ya pasaron, la filosofía, la teología, la moral y demás ciencias que elevan al hombre sobre el nivel del bajo mundo, miran con soberano desprecio y con la sonrisa en los labios á los que se ocupan en ellas, creyendo que al nacer á esta vida, han venido para algo más que para vegetar como animales inmundos. No paran mientes los ilusos positivistas, que una ciencia es tanto más noble y elevada, cuanto más alto y sublime sea el objeto de que se ocupe y el fin á que tienda, y que por ende, la teología, cuyo objeto es nada menos que el mismo Dios, y cuyo fin es conocerle, en cuanto de ello es capaz la limitada razón del hombre, es y será siempre la primera de las ciencias, y la más digna especulación del entendimiento humano. Y si miramos la cuestión bajo otro prisma, veremos que no son tan inútiles como parecen los estudios teológicos; pues á más de nutrir y vigorizar la inteligencia, desplegando ante sus ojos las perspectivas de un horizonte infinito, la acostumbra á ver las cosas desde una altura inaccesible, iluminada por los resplando-

res de la Eterna Verdad. Y fija la mirada en este centro de la sabiduría, fácil es abarcar en su conjunto y de una vez las múltiples relaciones entre Dios y las criaturas; no de otra suerte que el águila caudal ve de un solo golpe de vista, la vasta extensión del mundo puesto á sus piés, desde las altas regiones del espacio. Por procedimiento inverso, esto es, por vía de inducción, cuya aplicación es tan útil en las ciencias experimentales, se puede llegar también al mismo punto. Así lo hizo Fray Luís de Granada en su maravilloso *Simbolo de la Fé*; y también Raymundo de Sabunde, filósofo catalán del siglo XV, en su *Libro de las criaturas ó teología natural*, verdadero tratado teológico fundado en la observación de los seres exteriores y en la propia experimentación.

Demostrada la importancia del estudio de la teología, séanos lícito decir con un filósofo español contemporáneo, Martín Mateos, que «es lastimoso que en altas regiones, no se haya advertido que la ciencia de Dios es precisa á todas las carreras.» Y siendo verdad, como dice el ilustre Donoso Cortés, que en el fondo de toda cuestión social, filosófica y política, va envuelto un problema teológico, escusado es encarecer la absoluta conveniencia de no olvidar los principios y conclusiones de la ciencia de Dios, al tratar de resolver ciertos problemas sociales y políticos cuya solución definitiva está todavía pendiente, por presentarse cada día más pavorosa.

Mas, tiempo es de que digamos algo de nuestros autores *místicos* y *ascéticos*, antes de dar por terminado este ya largo y mal hilvanado artículo.

Simultáneo y como complementario del desarrollo que alcanzaron los estudios teológicos, se presenta en España el brillante florecimiento de la literatura ascética. El misticismo, estado del alma en el que trasportada en alas de un amor intenso, se eleva hasta la contemplación altísima de las cosas del cielo é íntima unión con Dios, representa la mas alta y sublime filosofía. Donde concluyen los razonamientos de la inteligencia, principian las aspiraciones del corazón que se deshace en amor divino; é iluminado el espíritu con la luz purísima que desciende de lo alto, ve á Dios en si mismo y se transforma en El. Así Santa Teresa, S. Juan de la Cruz, S. Francisco de Borja, el B. Rodriguez, los V. V. Luis de la Puente, Juan de Avila, Sor Maria de Agreda, Fr. Luis de Leon, Fr. Luis de Granada, Malon de Chaide, Diego de Estella, Hernando de Zárate, Rivadeneira, La Palma, Nieremberg, y otros ciento. Autores propiamente místicos unos, y meramente ascéticos los más, elaboraron de elementos dispersos en Platón, Platino, Porfirio, Clemente Alejandrino, el Areopagita, Hugo y Ricar-

do de S. Víctor, S. Buenaventura, S. Bernardo, Eckart, y de los místicos alemanes, Ec Kart, Suso, Tauler y Herp y de los flamencos Ruysbroeck y Blossio, un sistema tan perfecto de la posesión de Dios por unión de amor, que á esto tiende el misticismo cristiano, encarnación de una tan grande alta y generosa filosofía, en la cual el análisis ontológico del Ser Infinito y sus atributos, y el estudio psicológico del alma y sus afectos, llegan á un límite maravilloso. Como sistema científico, el misticismo español es de un valor extraordinario. En pocas concepciones filosóficas, se ve tanto como en él, lo que puede la inteligencia humana vivificada y alumbrada por la luz inefable de la fé. Y lejos de caer los grandes místicos españoles en el escollo del *panteísmo quietista*, donde zozobraron Eckact y nuestros Molinos y Servet, se apartan de el instintivamente; y proclaman muy alto, que la contemplación de Dios y las virtudes de la vida práctica deben siempre andar unidas. No hay pues en el misticismo español sombra alguna de *alumbramiento* y *quietismo*, y ni es enervante como el *Nirwana* budista; antes bien da fuerza y bríos á la voluntad, para correr con alegría en los ásperos senderos de la vida.

Hablar ahora de los autores ascéticos, considerados literariamente, es empeño arduo en demasía. Basta decir que la literatura ascética es, al lado de nuestros teatro y romancero, el más bello florón de las patrias letras. Jamás la hermosa habla de Castilla ha llegado á un superior grado de perfección, como en los libros de los ascéticos. Estilistas de primer orden, manejan la lengua con tal primor y gallardía, brotan de su pluma frases de tal belleza y períodos de tal galana y armoniosa elocuencia, que en verdad, nuestro idioma puesto en sus manos, parece lengua de ángeles. Desde el estilo de Fr. Luis de Granada, lleno de magestad y armonía, hasta el lenguaje correcto, sobrio y enérgico de Fr. Luis de León; desde la palabra de fuego, arrebatadora á veces, otras familiar y sin aliño de Sta. Teresa, hasta la dición vehemente, sutil y original de S. Juan de la Cruz, el habla de nuestros místicos presenta todos los tonos, varía de matices, y es la más rica fuente de donde fluye el rio sonoro de la elocuencia española. Modelos sin segundo sus libros inmortales, débelos tener siempre á la vista, quien quiera hablar y escribir como se debe, el idioma de Cervantes. De donde ha sacado Valera, sino del estudio de los místicos, aquel lenguaje clásico, atildado, lleno de corrección y elegancia que campea en sus novelas y tanto nos enamora?

He aquí, pues, como la literatura ascética española es, á más de una parte importante de nuestra filosofía y teología, el más rico arsenal del idioma. Difícil es, sin embargo, hacer compren-

der excelencias de estos autores á los modernos *espíritus fuertes*, que solo miran las cosas por el forro, y, con todo, blasonan de sabios é ilustrados. Hablar de libros ascéticos es, para esos señores, lo mismo que hablarles de Cuarenta horas, sermones de Cuaresma y ejercicios espirituales; cosas muy buenas para *neos*, sacristanes, beatas y demás gente *cursi*, pero no para ellos, hombres del siglo y despreocupados, que saben el alemán, traducen á Kant, comentan á Schopenhauer y fallan magistralmente desde las alturas de su razón *autónoma*, las más sublimes cuestiones de la ciencia *trascendental*. Otra clase de público hay en España, que no le dá por esas nebulosidades, y prefiere lecturas frívolas y divertidas. Estos son los que gustan más tragar el virus corruptor de Dumas y Jorge Sand, de Paul de Kock y Zola, que no saborear las áureas bellezas de pensamiento y de language de nuestros incomparables místicos. ¡Qué le hemos de hacer! Son gustos que merecen palos.

De la *filosofía en España*, trataremos en nuestro artículo próximo.

JOAQUÍN BORRÁS DE MARCH.

¡CAUSA CRIMINAL!

Ay, mare! una noya hermosa
 Ahí 'm va ferir de mort;
 Pus sos ulls m' atravessaren
 De part á part lo meu cor.
 Ants no 'm morí, cara á cara
 Voldría acusarla jo,
 En lo sant temple, á un ministre
 Y ab testimonis y tot;
 Y pus que d' eix crim soch víctima,
 Al menys, que ab mi aprengui 'l mon;....
 ¡Que d' ulls, que, sols mirant, mátan,
 Convé escarmentá á tothom!

ISIDOR FRIAS FONTANILLES.

LA VÍCTIMA DE UN SUEÑO

I

HACÍA un año. Era el aniversario de aquel triste día en que Roberto había renovado la leyenda de Cain y Abel, Berenguer Ramón y Ramón Berenguer.

El huracán rugía fuertemente y arrollaba las ramas de los árboles; la lluvia caía con desigualdad y con fuerza no acostumbrada; ni una estrella en el espacio; una espesa nube lo ocupaba todo.

Entonces fué cuando Roberto escaló la ventana de la habitación de su hermano. Resonaron gritos de sorpresa, lamentos de angustia, ayes de agonía; después en la casa sólo había un hombre que robaba cuantiosos caudales, palpitante, frenético, con las manos llenas de sangre, y con la conciencia llena de remordimientos.

Aquellos remordimientos despertaron más tarde, el día del aniversario de la muerte del infeliz Emilio. Roberto, que había huido de su pueblo natal, vivía entonces en una rica ciudad, entre la opulencia y la crápula, procurando sin duda que los placeres acallaran los gritos de la conciencia. Y en la noche del aniversario, la que correspondía á aquella otra terrible noche del año anterior, Roberto sintió que le levantaban de la cama, vió que una sombra ensangrentada le perseguía. Era una sombra envuelta en una mortaja; tenía el semblante lívido, y en el pecho, sobre el corazón una profunda herida que manaba sangre fresca todavía. La sombra se arrancó un puñal de la herida y lo levantó en presencia de Roberto; el infame temblaba como la hoja en el árbol al aspecto de aquel acero manchado; iba apartándose de la sombra, se acercaba á la puerta; quería huir sin duda. Envano! la puerta se cerró herméticamente y se confundió con la pared. Se acercó á la ventana, intentó abrirla, y la ventana desapareció también. ¡Ay! qué instantes de horrible agonía! Roberto contemplaba aterrado á la sombra que le amenazaba con el puñal; ¡y no podía huir! La sombra perseguía al asesino, pero impasible, gravemente, con regularidad automática, con algo misterioso que indicaba la carencia de la vida; le perseguía, dirigiéndole el puñal; Roberto se arrimaba á la pared, intentaba escurrirse, pero siempre tenía delante de su pecho, próximo á atravesarle, la helada punta de la hoja de acero. En vano el desdichado golpeaba fuertemente la pared; en vano con las uñas rascaba el yeso, en vano; la pared se mantenía firme como una roca. Al fin el puñal tocó la ropa de Roberto, atravesó un pliegue, luego le pinchó la carne; ¡y Roberto no podía moverse! gritaba, sollozaba, suplicaba; pero la sombra, insensible, silenciosa, severa, alargaba la mano y dirigía el puñal hacia el pecho del hombre.

Oh! ¡qué dolor se apoderó de Roberto! Todo su cuerpo temblaba, la carne herida gruñía, la sangre formando espumarajos empezaba á saltar chorreando, y los miembros se retorcían horriblemente. Al fin cayó desfallecido.

II

Roberto se despertó muy agitado; se encontró tendido en el suelo, temblando de frío y atormentado por una siniestra pesadilla.